



VOL: AÑO 9, NUMERO 24

FECHA: ENERO-ABRIL 1994

TEMA: LA SOCIOLOGIA EN MEXICO: Una aproximación histórica y crítica

TITULO: **La inteligencia sociológica, una victoria incierta**

AUTOR: *Salvador Giner* [\*]

SECCION: Notas y traducciones

## TEXTO

### I. El ambiguo logro de la sociología

La inteligencia sociológica del mundo humano ha consumado su triunfo. Por encima del veredicto final que podamos pronunciar en torno a la sociología como esfuerzo intelectual, siempre quedarán algunas dudas acerca de las vastas repercusiones que ella ha tenido sobre la cultura y la conciencia de nuestra época. Pudiéramos continuar preguntándonos eternamente cuál es su estatuto científico. Pudiéramos preguntarnos siempre si posee alguna utilidad. Pudiéramos declarar su tarea imposible, sus objetivos inconseguibles y sus pretensiones sin fundamento. Todo eso se ha hecho numerosas veces, y jamás tan incisivamente como por los propios sociólogos. Inclusive, pudiéramos enfrascarnos en demostrar que la sociología ha tenido escasa o ninguna influencia en la mentalidad moderna. Pero en rigor, el caso es justamente el contrario. La mentalidad actual, la inteligencia moderna -y no solamente la imaginación contemporánea- se ha convertido, en gran medida, en sociológica.

Puede que el éxito mundial de la sociología sea un hecho, pero no uno tan sencillo. Si por una parte existen bases para celebrar algunas de sus implicaciones, también hay razones para lamentar los efectos perversos de la "sociologización" de la mentalidad moderna. Más aún, el éxito de la sociología a menudo ha sido uno esencialmente oculto. Así, quienes niegan todavía a la sociología su legítimo *droit de cité* entre las ciencias sociales -respetadas ya en medio de las disciplinas plenamente reconocidas que ostentan el nombre de científicas-, con frecuencia interpretan el mundo en términos que son esencialmente sociológicos, y discuten con las mismas herramientas que la disciplina que desprecian ha puesto a su disposición. Ninguna otra ciencia social -ni la historia, la economía, la antropología o, inclusive, la ciencia política- ha tenido que soportar mayores abusos y ninguna otra ha obtenido, tal vez, una victoria más grande sobre su propia época y sobre las sociedades a las que naturalmente pertenece. [1] Ha sido, frecuentemente, una victoria implícita, pero una que parece innegable. La visión sociológica del mundo, nuestra propia inteligencia del mismo -erigida, por lo menos, con base en tres elementos diferentes: la comprensión, la imaginación y la explicación- es ampliamente sociológica en la actualidad. Y tampoco es de extrañar que haya generado tanta resistencia.

Alguna de esa resistencia bien pudiera justificarse. La hostilidad contra la sociología no es posible atribuirle siempre a las exigencias delimitadas alguna vez por ciertos fundadores suyos, que con ello dañaron el buen nombre de la disciplina. Mientras que los más tempranos sociólogos -Montesquieu entre ellos- fueron prudentes y reflexivos, sus continuadores, que acuñaron y emplearon por primera vez el término, cayeron presa de

un fervor romántico referido a las promesas de la nueva ciencia, y descarrilaron durante largo tiempo a la propia disciplina que querían ver triunfar. (El romanticismo es una enfermedad que no tiene límites. Comte demostró que es factible ser romántico, si no es que religioso, con la más árida de las concepciones, el positivismo, e inclusive con el más vano de sus frutos, la ciencia positiva del hombre y de la sociedad). Pero el daño infligido por las pretensiones de los primeros sociólogos debería haberse pagado ya completamente. Hoy pudiéramos estar en situación de percatarnos, sin excusas de ninguna especie, del hecho de que, después de todo, algunas intuiciones sobre la centralidad misma de la disciplina eran ciertas, aunque no de la forma en que los primeros sociólogos lo imaginaron. Si el éxito de la sociología como práctica específica, como arte, disciplina o ciencia ha sido a veces modesto (aunque habría que contar algunos de sus logros entre los más notables de la vida intelectual de nuestros tiempos), también es verdad que como punto de vista, como modo general y esencialmente difuso de comprender al mundo humano, la sociología se ha convertido en una parte crucial del espíritu de la época actual, incluyendo a su cultura popular. La naturaleza de la sociología es tal que, en contraste con otras formas de investigación humanísticas o científicas, sus frutos no sólo debieran medirse por sus descubrimientos y contribuciones al conocimiento. También habría que tomar en cuenta los efectos que ella ha tenido sobre la cultura, los credos, la mentalidad y las actitudes de nuestra era. Ese es el papel ambivalente de la sociología, la cual no puede ser ignorada y, en efecto, pudiera convertirse en una suerte de melancolía, en el supuesto caso de que al espíritu de nuestros tiempos le faltase alguna (Giner, 1987: 15).

Pero no quiero excederme en las vastas demandas a la sociología. Por algo trazo claramente una cuidadosa distinción entre la disciplina misma, por un lado, y su recepción cultural, política y social, por el otro. Y por algo quiero también invertir la aproximación habitual de la propia sociología de la sociología, consistente en "poner al descubierto" -para utilizar una expresión de la que gustan los críticos de la disciplina- sus medios ideológicos y "exponer" las malvadas intenciones de sus practicantes. A estos últimos los consideraré, en su mayor parte, como gente de bona fidae, que busca hacer su trabajo con sus mejores empeños, felizmente ignorante de que tal vez labora para las fuerzas de lo oscuro. Aunque la sociología, ni más ni menos que cualquier otro ejercicio intelectual, acaso es víctima de distorsiones ideológicas, ese fenómeno, por importante que sea, no es aquí mi preocupación principal. Mi objetivo se ubica, más bien, en lo opuesto: en la influencia que la sociología ha ejercido sobre el mundo, y especialmente el del lenguaje, la imaginación, la ética y la política. La atención que ha recibido este proceso es extraordinariamente pequeña comparada con la inmensa literatura disponible sobre las distorsiones ideológicas sufridas por la disciplina, y en torno a las amenazas enormes a su integridad. La crisis inminente y fatal de la sociología se anunció en repetidas ocasiones hace mucho tiempo, [2] y una vez más, parece que nuestra incapacidad característica para predecir quedó vergonzosamente expuesta, aunque esta vez acerca del propio arte o la ciencia que practicamos y estimamos. Pero no ha habido crisis alguna, a menos que llamemos crisis a las saludables confrontaciones entre diversas escuelas, las fértiles batallas entre diferentes aproximaciones y métodos, y los intensos debates que tienen lugar a menudo dentro de una comunidad maravillosamente anárquica.

El peso íntegro de la prueba de que la sociología no ha tenido éxito (en la irónica y compleja forma en que se utiliza aquí la noción de éxito), en realidad afecta a quienes negarían sus pretensiones. ¿Cómo puede alguien demostrar que la sociología, tan ampliamente demandada como un estilo, una visión o una perspectiva dentro de la modernidad, sea extraña a ella o incluso marginal? La sociología no solamente ha llegado a ser, bajo condiciones de avanzada secularización utilitarismo extensamente difundido, tecnocracia y pluralismo moral y político, el marco apropiado para la formulación socialmente "neutral" de los eventos sociales. En la actualidad, se ha convertido en el

lenguaje común de una sociedad que de otra manera estaría fragmentada. De ahí que ella misma sea una parte y una parcela de la modernidad, como quiera que se defina a este escurridizo y desgastado nombre. La sociología es tanto un síntoma, como un síndrome de esa modernidad. Para nuestras actitudes y concepciones privadas, o bien para las de nuestras respectivas comunidades, clanes, tribus o sectas (si acaso pertenecemos a alguno de estos grupos), el mundo se entiende, se justifica y legitima ahora, en la mayoría de los casos, sociológicamente. Y para ser aún más precisos, el mundo social suele verse en forma sociológica, a pesar de que el rigor y el temperamento veleidosos de la propia disciplina se pierda en el proceso. Los políticos, ideólogos, periodistas, estadísticos, administradores y oficiales médicos utilizan presuntos argumentos estadístico-sociales para explicar, interpretar, legitimar... Grandes volúmenes de investigaciones sociales (frecuentemente de la simple especie de los sondeos) se incorporan a la rutina de los asuntos propios (Giddens, 1987: 5), al tiempo que los resultados de esos estudios sociológicos, deformados a menudo por los rumores, proveen a nuestros gobernantes (generalmente a través del trabajo de sus asesores) de los recursos dialécticos necesarios para la implementación o la promoción de sus políticas específicas (Passeron, 1991: 291). El mundo social se ha vuelto, al menos en apariencia, más sociologicus demonstratus.

## II. La sociología y sus descontentos

Permítaseme continuar con estas paradojas y ambigüedades. El éxito mundano de la sociología (para distinguirlo del éxito científico en general) no ha producido una cultura más acorde con la conciencia humanística de nosotros mismos, o con las reflexiones más elevadas sobre nuestra condición, que la que generaría una sociología apropiada; Esta no ha provocado una verdadera cultura sociológica o, para ser más precisos, a pesar de que ha contribuido a desarrollar meditaciones más profundas y, por lo tanto, un mejor ejercicio de la libertad en algunas partes del mundo, también ha dado popularidad a sus productos Ersatz.. Con mayor frecuencia que menor, ese éxito ha sido el de la pseudo-sociología, el del uso instrumentalista, apresurado, rutinario e insensato de algunos hallazgos y del lenguaje y las interpretaciones de la genuina sociología, con el propósito de apuntalar políticas, opiniones y estrategias partidarias e interesadas. El resultado ha sido que cierta "sociología" difusa y vaga permea en la actualidad los medios de comunicación, penetra los centros de control y legitima el discurso de quienes no tienen el tiempo ni la curiosidad suficientes para familiarizarse con las contribuciones más serias y demandantes de la disciplina. Pero los sociólogos se equivocarían en caso de lamentarse amplia y escandalosamente sobre ello. Lo que es peor, quizá demostrarían poca competencia profesional si así lo hicieran, puesto que ese fenómeno, en sí mismo, es una expresión fundamental de la cultura moderna. En ausencia de otras fuentes de explicación satisfactoria, aquella cultura "necesita" de la sociología. Y más aún, la explosión de todo cuanto pasa por conocimiento en nuestra "sociedad informacional" afecta a todas las disciplinas cognoscitivas. La voracidad de la llamada "sociedad informacional" se dirige especialmente a las disciplinas que muestran ser capaces de reunir datos acerca del mundo humano, y a las que esa sociedad organiza y reenvía hacia el público, los políticos o los estrategas, en formas que carecen de significado ostensible. Los gobernantes del mundo necesitan hallar, aunque sea de manera superficial y parcial, los requerimientos característicamente modernos de la racionalidad, el secularismo y la ciencia. Inclusive, algunos aspectos en apariencia premodernos de la modernidad (como la superstición, los movimientos sectarios, el oscurantismo y algunas formas de la religión dominante) a menudo fingen estar de acuerdo con los descubrimientos y la autoridad de la ciencia social.

Bien pudiera darse el caso de que la "sociología popular" sostuviese una relación más sencilla con su fuente original, que la que la "medicina popular", la "economía popular" o

la mayoría de las demás ciencias vulgarizadas por los medios y las demandas del mercado, sostienen con las suyas propias. Pero eso no debiera preocuparnos en exceso. Después de todo, el más elevado conocimiento de la filosofía, la ciencia y las humanidades fue siempre una prerrogativa de las minorías. Todo lo que se ha "colado" hasta las mayorías, a menudo ha sufrido de su simplificación y de su distorsión, sin causar, frecuentemente, demasiados daños por ello. Los seres humanos tienen en general cierta capacidad de aprendizaje e inclusive, una sed mínima de conocimientos en áreas determinadas, gracias a sus respectivas inclinaciones y a su curiosidad. El mundo entero, incluyendo a los académicos y a los científicos, comparte ahora conocimientos divulgados y formas popularizadas de aprendizaje elevado. El desarrollo de la información y del conocimiento no permite otra opción. Todos formamos parte de la mayoría, incluso si pertenecemos a alguna minoría. El elitismo, por tanto, es en este sentido imposible. Y más que lamentarnos por semejante estado de cosas, debiéramos aprender a vivir en él y a tratar de mejorar la situación siempre que las condiciones nos lo autoricen.

Un área susceptible de mejorar bastante es la de las relaciones entre la sociología y las demás ciencias sociales y la filosofía. Ya he mencionado el precio excesivamente alto que tuvimos que pagar por el pecado original imperialista de la sociología, que todavía pudiera descalificar aún más a la disciplina. Pero hemos expiado ese pecado de todas las maneras imaginables. Sin embargo, alguna hostilidad residual de las ciencias sociales a la sociología (por no mencionar a las naturales) persistirá por lo menos hasta el próximo siglo (¿y acaso ella pudiera ser endémica, y mantenerse para siempre en forma más discreta! En tal caso, tendremos que aprender a vivir permanentemente bajo presión). De hecho, no es infrecuente que uno escuche todavía el rechazo de colegas de otras disciplinas a la sociología, [3] que proceden sin el más mínimo conocimiento de los desarrollos en nuestro campo. Ignorar el avance manifiesto en cualquier área del conocimiento (sobre todo en una vecina) no solamente es signo de barbarie académica; además, ello coloca al individuo en un serio peligro como científico y como académico. Lo cierto es que resultan desoladoras las limitaciones en las que incurren otros científicos sociales cuando intentan explicar fenómenos para los que ya existe algún cuerpo sustancial de conocimientos en nuestra disciplina, sin que esos científicos se molesten siquiera en adquirirlo. Los ejemplos abundan. El trabajo reciente de un destacado economista acerca de la naturaleza del poder viene a la mente como caso ejemplar, pues al ignorar las contribuciones de la sociología en general, y de la sociología política en particular, el estudio de este economista semeja ser un deprimente error en el contexto de las aportaciones más relevantes sobre la materia. La pobreza de la *histoire événementielle* ha intentado corregirse por algunas escuelas de la historia misma, que introdujeron criterios más amplios para interpretar la evolución de las sociedades a través del tiempo. Pero ello pudo haberse realizado mucho más fácilmente incorporando de manera crítica la investigación y la teoría sociológicas. La geografía humana y social, en sus esfuerzos por constituirse a sí misma como disciplina independiente, "invadió" también a menudo campos cultivados ampliamente por las sociologías urbana y regional, por el estudio sociológico de la ecología humana y por otras ramas de la disciplina sociológica, sin demasiado respeto por sus hallazgos e hipótesis. Las incursiones de cualquier disciplina en áreas trabajadas por algunas otras, debieran ser siempre bienvenidas a fin de que no toda expresión sobre la deseabilidad del trabajo interdisciplinario se considere simple retórica, pero en cambio, nunca habría que saludar esas incursiones si ellas implican un espíritu de ignorancia o de desconfianza. Un ejemplo final es el del analfabetismo sociológico de ciertos filósofos morales, cuyo único parangón es el analfabetismo filosófico de numerosos teóricos de la sociología (Giner, 1987); lo obvio es que ni los primeros ni los últimos debieran ignorar el trabajo de la contraparte (Collins, 1988). Los notables esfuerzos hechos hasta el momento para superar el provincialismo vigente en distintos frentes, aún no llega a corregir estos problemas y otros similares.

El provincialismo y el aislamiento mutuo sólo se superarán seriamente cuando desaparezcan los prejuicios antisociológicos, cuya continua presencia es de lo más preocupante, justo porque tan sólo una filosofía moral y social sociológicamente informada, podrá salvarnos de la pobreza de las formas de pensamiento pseudo-científicas e irracionales. De plano, carecemos de un modo distinto de comprender y de explicar el mundo humano en las condiciones actuales de la modernidad, como no sea el inaugurado por la sociología, asociado a menudo con otras formas de conocimiento. (El desarrollo concreto de una concepción de la sociedad cerrada, universalmente aceptada y omnicomprendiva, que se generara sociológicamente, debiera verse, en verdad, como un objetivo indeseable, [4] pues ello marcharía contra los principios de una sociedad y una mentalidad abiertas. Si semejante concepción fuese posible, entonces sería pura ideología o credo impuesto). No obstante, junto a la filosofía moral, la sociología es la única disciplina que ostenta la pretensión convincente de perseguir la producción de una teoría tentativa y unificada de la sociedad y de la situación del hombre en ella. Al contrario de otras interpretaciones, la sociología no fragmenta, sino conecta y contempla a los seres humanos y a su mundo (una vez que ha pagado el tributo debido a las exigencias del espíritu analítico) como habitantes de un universo único, determinados por los constreñimientos de su especie y enriquecidos por las posibilidades de su naturaleza peculiar. Normalmente, la sociología no separa, aunque en el curso de su tarea pueda aislar variables y delimitar campos diversos de interés. Ella ha de relacionar y ver las conexiones entre el homo religiosus y el homo oeconomicus, y entre el homo politicus y el homo faber. Si acaso existe el homo sociologicus, él no sólo será portador de grupos de roles, sino más bien un ser humano iluminado por la luz que atraviesa el prisma sociológico. [5]

Puede que algunos sociólogos sean "individualistas metodológicos" más que "holistas", pero su postura metodológica no los hará menos adeptos de procurarles sentido a un mundo que, para muchos, ha perdido toda coherencia. El anhelo de la sociología por la restauración de una visión unificada ha de recorrer un largo camino para explicar por qué nunca ha podido desarrollarse un método totalmente autónomo de investigación. El espléndido fracaso de Durkheim al querer desarrollar una inobjetable metodología de investigación exclusiva para la sociología, es sólo el ejemplo mejor conocido de todos. Hasta el presente, muchos han tratado de emular las hazañas de Les regles de la methode sociologique por la obsesión metodológica -para algunos, signo de debilidad- que parece no querer abandonarnos. Sin embargo, nadie ha logrado imponer una ortodoxia metodológica sobre el resto de los de su profesión. De hecho, la sociología ha sabido siempre cómo apropiarse de las contribuciones de otras disciplinas, y a menudo se ha convertido en su parásita indefendible (Runciman, 1970). Una disciplina que pretenda descubrir coherencia en un universo aparentemente fragmentado, no debiera temerle a un devenir híbrido, sin por ello, necesariamente, perder sus perfiles distintivos y su sentido de dirección. Ninguna otra disciplina busca hacer lo mismo que la sociología. El estudio de la sociedad humana como conjunto de interdependencias e interacciones entre diversos ámbitos, nos obliga a apropiarnos de cuanto pueden haber dicho los economistas, los etnólogos, los historiadores, los geógrafos, los demógrafos, los científicos de la política, los filósofos, los sociobiólogos y otros, que pudiera ser esclarecedor y útil. Eso nos es crucial para continuar con aquella parte de la gesta por la que se nos conoce típicamente. La sociografía, los sondeos, las encuestas, los cuestionarios, los estudios comparativos, la sociometría, etcétera, no agotan a todas luces nuestra profesión. Algunos pudieran continuar intentado la pureza metodológica en el mismo sitio donde otros fallaron (Pareto, Weber o Durkheim no los que menos), pero muchos más verán en la apertura de su disciplina la garantía de su continua prosperidad. Esa apertura ha sido, de hecho, la fuente principal del total éxito de la sociología.

Es claro que la sociología no ha formulado ninguna ley social fundamental, ni ha establecido firmemente regularidades históricas o ecuaciones que expliquen los complejos procesos sociales, o bien sólidas predicciones acerca del futuro. A pesar del significativo desarrollo de sus conocimientos y de la información que ha producido al paso de los años, y de su impresionante serie de intuiciones, hipótesis y hallazgos sobre muchas sociedades o situaciones sociales, o acerca del comportamiento humano, ella no ha resultado mucho mejor que otras ciencias sociales en el cumplimiento de sus objetivos. En consecuencia, la mayoría de sus cultivadores se han vuelto extremadamente humildes en cuanto a sus ambiciones, en flagrante contraste con los objetivos imaginarios que adjudican a la disciplina sus observadores externos. Las lecciones clásicas de Merton sobre los adecuados alcances de la teoría, han sido a menudo muy bien aprendidas en nuestra profesión (Merton, 1957: 5-11).

Aun cuando ya se ha dicho y se ha hecho todo, y sin renunciar a la modestia indispensable de la disciplina, pudiera probarse que la sociología ha avanzado y se ha desarrollado. Tal avance, aun por encima de disputas, prejuicios y controversias, es la prueba final de su cientificidad (e incluye, por supuesto, esa habilidad disciplinaria para refutar las propias teorías con las herramientas exclusivas y, gracias a ello... ¡sobrevivir!). La sociología ha descrito y delimitado, sin duda, un significativo número de procesos sociales. Ha reducido los márgenes de error en muchos de sus análisis. Ha crecido en rigor conceptual y en perspicacia y sofisticación teóricas. Ahora sabemos mucho más acerca de la naturaleza y las formas de la desigualdad social, los ritmos y regularidades de las revoluciones políticas o científicas, la influencia de las creencias éticas y religiosas sobre el comportamiento económico, las causas de la delincuencia y el crimen, los efectos de la política sobre la pobreza, las repercusiones culturales de la televisión, las causas de las actitudes individualistas y muchos fenómenos más, de lo que sabíamos al respecto ayer mismo (Bryant y Becker, 1990). Y ayer mismo sabíamos más que el día anterior, porque sin duda ha habido progreso. Este ha sido desigual, accidentado, difícil y a menudo tortuoso. Aquí y allá, de tiempo en tiempo, hemos debido regresar a donde comenzaron nuestros fundadores. En ocasiones hemos sufrido de olvidos imperdonables, y a veces hemos descubierto fenómenos o adelantado hipótesis que con un conocimiento más íntimo de la historia de la teoría social, hubiéramos explorado desde tiempo atrás, pero si no lo hicimos así, pudimos comprender habitualmente que había que volver la mirada hacia los fundamentos. La mera naturaleza de nuestra actividad nos ha forzado a ello, porque esa actividad está enraizada en la mente científica y en las humanidades. El discurso de la sociología, en efecto -aunque se le presente como estéril e intensificando deseos de objetividad- permanece siempre con firmeza en el campo de las humanidades, ya que es, además, un arte (Nisbet, 1976). Desfavorecida o inspirada por estas limitaciones, según sea el caso nuestra extravagante disciplina sociológica camina hacia adelante.

Los seres humanos saben muy poco de su condición porque son parte del misterio del universo. Sin embargo, si hoy saben justo un poco más de lo que antes sabían sobre ello, se debe, en cierta medida a la sociología. Este simple hecho justifica por sí mismo el cultivo de la siempre ambivalente tarea sociológica.

### III. La hegemonía de la modalidad sociológica

De acuerdo con estas reflexiones, pudiera decirse que existen tres sociologías diferentes. La primera es la ciencia de la sociedad. Ya he mostrado que ésta ha hecho progresos indiscutibles desde su fundación, aunque modestos y dispares. Ella es una disciplina empírica y analítica que, a pesar de algunas resistencias y reticencias, ha conquistado su legítimo lugar en el mundo de los conocimientos avanzados. La segunda sociología que propongo es una parte de la teoría política y moral, o por lo menos una cuyas fronteras no

están bien delimitadas con este campo del saber, pues sus respectivos dominios se traslapan. Esta segunda sociología hunde sus raíces en la sociología empírica, pero no se encuentra limitada por ella, y tampoco necesita contradecir sus hallazgos. La continua presencia de esta "teoría social sociológica" -si se me permite emplear aquí, por un momento, esta expresión tan torpe pudiera, después de todo, legitimar (aunque sólo fuera en un sentido muy estricto) a quienes alguna vez concedieron a la sociología un papel hegemónico en el pensamiento moderno. Una serena evaluación de los enfoques dominantes en este pensamiento en los últimos dos siglos o más -acaso desde Montesquieu- mostraría que la inteligencia sociológica del universo humano ha aumentado constantemente y ha ocupado un espacio cada vez más amplio en la cultura occidental y en todas aquellas culturas que en alguna medida se "occidentalizaron". La "teoría social sociológica" no necesita ser la gran teoría: más bien ha de ser cauta, conjetural y sutil. En esencia, no es sino filosofía moral y política fundada sociológicamente que tenemos allí porque requerimos de ella. Por sí misma la ciencia dijo Max Weber, es incapaz de darle un sentido al mundo. Y de veras que quisiéramos darle un sentido al mundo y encontrarle algunas respuestas del tipo de las que procura la ciencia (cuando puede proveernos de ellas), pero ahora que los dioses se han marchado, no contamos con otras herramientas para responder a las cruciales cuestiones de significado que nuestra propia capacidad para la reflexión y la especulación. Y pareciera que en alguna forma indiscutible, la teoría sociológica fortalece esa capacidad.

Nuestra tercera clase de sociología es la sociología popular, que se alimenta de las otras dos. Su importancia cultural y política es fundamental, aunque su status cognoscitivo, cuando se le aprecia con rigor desde una perspectiva académica, es más bien dudoso. Algunos puristas ni siquiera la llamarían sociología, y en realidad se presenta en muy diversas formas, la peor de las cuales es la del catecismo que persigue explicar al mundo social basado en un esquema sociológico dado, con escasa atención hacia los hechos. [6] En la mejor de las circunstancias, la sociología popular ilustra los hechos de la vida social y los presenta al público en general como parte de tendencias y fenómenos más amplios. A veces puede ayudar a darle algún sentido al mundo en los Estados democráticos, libres y seculares. Inclusive, pudiera orientar a la gente sobre la naturaleza de su mundo, o sobre decisiones acertadas en tiempo de elecciones, por ejemplo. Pero con frecuencia esta sociología es hostil al pensamiento independiente y crítico.

Las tres sociologías, en muy diversos grados, han impuesto su estilo o sus modalidades en el mundo moderno. La modalidad sociológica ha desplazado crecientemente a algunas otras en el pensamiento moderno. De hecho, ha impregnado y se ha apoderado o ha influenciado cada faceta de la cultura y del lenguaje modernos. La sociología ha colonizado o "sociologizado" su ambiente cultural, incluyendo algunos aspectos primordiales de las esferas política y económica, con resultados irreversibles.

Para empezar, la invasión de la sociología ha sido muy obvia en todos los campos vecinos de investigación. Una gran parte de la filosofía (la ética, la epistemología, la filosofía política, la filosofía del lenguaje y la estética) ha sufrido la influencia de la sociología, tanto empírica como teórica, o por lo menos, ha tenido que reaccionar frente a ella o en contra de ella. La clara presencia de la intrusa ha cambiado a la economía, la antropología, la lingüística, la historia y la ciencia política. Y tampoco es menos evidente el hecho de que la prensa, la televisión, la política gubernamental y social, las empresas de mercadotecnia e inclusive las fuerzas armadas, las iglesias y las agencias de inteligencia, se han visto afectadas, cada cual a su modo, por la sociología. Todas estas instancias han recurrido a las habilidades o a la información sociológicas cuando creyeron que ello convenía a sus intereses -lo que sucede muy a menudo-. La sociología popular, concretamente, permea las interpretaciones periodísticas de las noticias y, a veces, hasta decide lo que es o lo que puede llegar a ser noticia. La sociología legitima las políticas

sociales, las reformas educativas, las estrategias de mercado, la publicidad, las formas y contenidos de los medios de comunicación y los elementos del discurso público. En una palabra, esta disciplina, o bien la discursividad que suele confundirse con ella, se muestra abierta o veladamente por doquier. En el mejor de los casos, la inteligencia sociológica -crítica, cautelosa y siempre respetuosa de la riqueza infinita de la vida social inspira la mentalidad moderna, y en el peor, degrada sus concepciones con clichés simplistas y se banaliza a sí misma con un uso descuidado y constante, que prolifera en el lenguaje de los medios y que, inclusive, daña la calidad de nuestras políticas.

Hay, entonces, una evidente tendencia hacia la creciente "sociologización" de nuestra cultura. Muchos han denunciado y se han lamentado de que los argumentos y motivos económicos dominan ahora la mentalidad moderna. Otros han dicho que la política, más que la economía -y por lo tanto el lenguaje y los valores del poder- ha sido en ella su deplorable triunfadora. Pero un tercer candidato evidente para tan dudoso honor es la sociología. Sospecho que pudiera construirse un alegato mucho más convincente en favor de esta última que para las otras dos contendientes. No obstante que la economía y la política han colmado la imaginación de nuestra era con su vocabulario, imaginería, argumentos y explicaciones legitimadoras, la sociología, especialmente en sus modalidades populares, ha cubierto un espectro bastante más amplio de eventos que cualquier otra ciencia social, ya que se mezcla, muy naturalmente, con una vasta serie de situaciones y en forma abierta y explícita, también, con muchas experiencias de vida (vivencias o Erlebnisse) a las que procura afanosas razones y comentarios que, con frecuencia, se estiman y aceptan como explicaciones satisfactorias. [7]

Pero la sociología popular reclama conocimientos superiores. Ella es conocimiento que pasa por sociología y que reivindica su autoridad aun cuando implica saberes deficientes. A veces esa sociología procura información relevante, interesante y precisa, pero muchas otras no. De hecho, ella ha tenido éxito no como resultado del triunfo de la ciencia, sino como consecuencia del cientismo. Hasta los vendedores de creencias y los periodistas mediocres pudieran darse cuenta de que la sociología popular no es científica y que la sociología genuina, en cambio, es demasiado conjetural, compleja y modesta. Sin embargo, el "imperativo científico" de nuestra época, que en situaciones de mera rutina necesita expresarse frecuentemente con el lenguaje y la autoridad de la ciencia, obliga a aquellas personas a recurrir a la ciencia social (sin importar qué tan débil aparezca ante sus ojos) como una fuente indispensable de información e inspiración.

El abundante trabajo realizado en sociología de la legitimación ha fallado ostensiblemente en el análisis de cómo el proceso que ella estudia se funda en la sociología misma. [8] Las teorías, las hipótesis, las declaraciones e inclusive los datos sociológicos reunidos y seleccionados, se han visto influenciados muy a menudo por los puntos de vista populares, las presiones políticas y los intereses económicos o ideológicos. Sin embargo, el fenómeno opuesto, el que las interpretaciones populares, políticas o doctrinales del mundo sean ahora en gran medida una consecuencia de la sociología, ha merecido una menor atención. La relación entre sociología e ideología ya no es más una relación unidireccional. Existe ahora un pesado tránsito de ida y vuelta entre ambas entidades. La sociología ha sufrido frecuentemente las incursiones de la ideología y la ideología se ha "sociologizado" a su vez. Los sermones políticos, morales y religiosos fluyen ahora plétóricos de razonamientos y datos sociológicos. Las decisiones públicas y de otros tipos se toman sobre la base de informaciones y recomendaciones sociológicas. Si la "realidad social" y la "sociedad" se han convertido en algo así como la corte final de apelación de la sociedad secularizada, la sociología se ha transformado en la profeta de esa última. La sociedad ha experimentado una suerte de apoteosis, y la disciplina que reclama conocerla mejor disfruta, más que ninguna otra, de la gloria reflejada por dicha apoteosis.

#### IV. El descubrimiento sociológico del interés común

Pero la pobreza de la sociología deriva de su éxito mundial, y ello parece constituirse en su más grande paradoja, puesto que su triunfo como terreno común para el idioma de la modernidad la ha hecho banal. Ella ha colonizado, sin duda, a la modernidad, pero también ha sido colonizada por ésta. En un sentido muy amplio, la sociedad contemporánea es hoy lo que es porque se le ha percibido a través del prisma sociológico y ha sido explicada en términos sociológicos o pseudosociológicos. La propia sociología ha devenido un elemento más de su explanandum. Al igual que otras modernas disciplinas, como la ciencia natural misma, la sociología ha desbaratado esencias y disuelto ontologías; ha reducido las cosas a fenómenos, los fenómenos a datos y los datos a meras sombras interpretativas. Nada más natural, entonces, que utilizar sus propios contenidos como provisiones para completar el proceso de desencantamiento del mundo. Después de todo, ninguna otra disciplina ha descrito ese proceso de desmagificación con tanta energía y tanta precisión.

Es por motivos de claridad que me he referido a la sociología como si fuese una disciplina unificada, aunque de hecho ella se divide en diferentes escuelas que no siempre confluyen unas en otras, ni persiguen hacerlo así. [9] Aun sin apoyar hipócritamente el ideal de la unidad de la ciencia, algunas de esas escuelas sociológicas ni siquiera buscan coincidir: tal es la animosidad y el deseo de distinción que existe en algunas partes de nuestra comunidad. Pero el público está muy poco advertido acerca de ello y la servicial clase de empleados, así como los empresarios que contratan nuestros servicios o que utilizan nuestros descubrimientos, ignoran alegremente nuestros desacuerdos internos, por no hablar de nuestras disputas. Esos empleados y esos empresarios son también reacios a escoger entre perspectivas sociológicas y a tomar en cuenta las críticas que unas a otras se plantean.

Lo que ellos quieren son resultados, que consiguen a través de nuestros cuantiosos positivistas y de algunos sociólogos utilitaristas. Hace mucho que los positivistas sociológicos perdieron la batalla filosófica y metodológica, si bien han logrado conquistar el mundo con sus concepciones que pueden avenirse con un funcionalismo vulgar y que pudieran percibir la realidad en términos de simples factores y grupos de factores. Igualmente, aquellos sociólogos positivistas pueden ser de esos relativistas contundentes a los que se demanda tanto y que concuerdan con los monótonos y seguros representantes de una Zeitgeist, según la cual el "factorismo" y el relativismo son los dos pilares fundamentales de toda sabiduría.

El que a final de cuentas esos pilares resulten bastante menos que sólidos es otra cuestión. El nuevo credo universal es el de los factores y las relaciones entre factores. Ese credo inspira las opiniones y la conducta del hombre moyen sensuel de nuestro tiempo, que no obstante, muestra numerosos signos de ser profundamente infeliz con su situación y de anhelar un reencantamiento de su mundo y un retorno a la comunidad no sólo ética, sino estéticamente comprendida. [10] Estos desarrollos no necesariamente anuncian un nuevo surgimiento del irracionalismo, sino tan sólo la persistencia de algunos requerimientos básicos de la naturaleza humana, bajo condiciones de secularización impuestas por la ciencia. En todo caso, el "factorismo" y el relativismo llevados al extremo, como lo están en la actualidad, son la expresión quinta esencial de la moderna irracionalidad y son precisamente lo opuesto de lo que quieren significar.

¿Esos positivismo, "factorismo" y relativismo prácticos y ad hoc representan ahora el destino con tres monstruosas cabezas que espera a las manifestaciones públicas de la sociología?; ¿debiera nuestra disciplina fragmentarse en una crítica y rigurosa, pero esencialmente aislada, rama del conocimiento, y también en una disciplina accesible,

popular y por completo ideológica? Los riesgos que tendría semejante división de caminos están a la vista de todos. Un grado de separación entre la genuina sociología y sus formas diversas y mundanas de Ersatz parece inevitable. No hay razón alguna para suponer que la sociología pueda escapar de las normas de difusión y apropiación culturales que afectan a otras disciplinas, algunas de ellas mucho más fuertes en términos metodológicos y de solidez en cuanto a descubrimientos se refiere. Sin embargo, no es éste el verdadero problema. El problema es decidir si sería deseable pagar el precio del aislamiento y si tendría sentido que una sociología auténtica interrumpiera su participación en el mundo moderno. La respuesta a esta cuestión es que una sociología que no trascienda su propio universo discursivo y que no participe, no únicamente en el mercado intelectual, sino también en los debates públicos y en la política libre, carecería de todo sentido.

La sociología fue inventada para descubrir las leyes y regularidades de la sociedad, pero también se le inventó, simultáneamente, como una disciplina capaz de hacer algo por la humanidad. Sus fundadores y no sólo los iniciales, tuvieron claras intenciones morales al cultivar la disciplina. Ellos pensaron que una ciencia de la sociedad y que una preocupación moral por la condición humana y por la naturaleza de una Buena Sociedad, no eran actividades incompatibles. El estudio cuidadoso de la historia de la sociología pudiera mostrar que, con muy pocas y quizá marginales excepciones, tanto los esfuerzos científicos como los morales estuvieron siempre presentes en ella, y no siempre en tensión mutua, sino más bien como componentes mutuamente necesarios para la tarea sociológica a través del tiempo (Giner, 1992). Esto no significa que la sociología deba desempeñar el doble papel de ser una ciencia infalible de la sociedad y la fuente principal de la moralidad contemporánea. Ambos objetivos son imposibles y el segundo de ellos es claramente indeseable. La sociología debiera ser, por un lado, un serio intento de comprender tan rigurosa como lúcidamente sea posible la naturaleza del mundo social y, por el otro una disciplina que plantee a la gente las opciones morales que puede llegar a adoptar. Ella debiera describir en detalle las posibles consecuencias de su comportamiento, en un "consecuencialismo" que se inspire en la visión del mundo humano que queremos habitar o el que queremos que nuestros hijos habiten. Una sociología que de veras valga la pena atisbará, entonces, a muy largo plazo, hacia intereses universales y preocupaciones más amplias y situaciones complejas. Todo ello en marcado contraste con la especie de pseudosociología de gran éxito mundano que he intentado registrar, y cuyos objetivos son estrechos, comerciales, ideológicos y miopes.

Como científicos sociales, no podemos dibujar una pintura precisa de la Buena Sociedad. Platón pensó que podía hacerlo, y también Tomás Moro. Los primeros sociólogos, desde Comte hasta Marx, también creyeron que podían y que sabrían cómo conducirnos hasta esa sociedad. Pero estaban, desde luego, equivocados en mucho, y nadie en sus cinco sentidos debiera secundar ahora sus errores. En lugar de ello, podemos emular la visión de nuestra disciplina como un camino ilustrado hacia un orden social más decente y humano; hacia una inalcanzable Buena Sociedad cuyos rasgos y condiciones deban resolverse por ciudadanos libres que buscan un destino común y un hogar común para todos. Si modestamente podemos ayudar a la gente con las herramientas de la razón sociológica, mucho mejor para todos nosotros y, en forma promisorias, mucho mejor para la sociedad del futuro.

Pensar que los sociólogos ganaremos respetabilidad universal por el hecho de abstenernos de producir juicios de valor acerca del mundo es ingenuo, especialmente en el contexto de una ciencia social que pretende explicar los fenómenos sociales de manera racional. En contraste con esta actitud, cuando la medicina erradica el cólera o cuando la astrofísica explora las estrellas, sus cultivadores procuran razones acerca de los efectos benéficos de esas disciplinas sobre la humanidad. La medicina no se pregunta si la sola

inmunización, al margen de otras medidas, no incrementará la miseria humana por multiplicar la población en los países pobres (Dreze y Sen, 1989) o tampoco se pregunta otra ciencia si sería mejor para los interesados invertir el dinero que depositan en la exploración espacial o en la protección de la fauna y la flora. Un complejo punto de vista "consecuencialista", vinculado a principios universalistas y a los más amplios intereses de la humanidad, no siempre será asumido por todos los científicos bien intencionados. Sin embargo, la ciencia natural produce todo el tiempo juicios de valor sin remordimiento alguno. ¿Por qué debieran actuar, entonces, de modo diferente los sociólogos? Cierta piedad o respeto por la verdad nunca es incompatible con el compromiso de mejorar la condición social de nuestros conciudadanos hombres o mujeres. Y dado que nosotros, por definición, debiéramos estar conscientes de las complejidades de la vida social, también debiera ser parte de nuestros informes sugerir a los demás las implicaciones de sus acciones en conjunto. Un compromiso moral así no manchará nuestra labor más de lo que la perjudican otros profesionales que no temen pronunciarse acerca de lo que es deseable moralmente, o también acerca de cursos determinados de acción.

Toda legislación moral es abominable, y más aún si proviene de los sociólogos, porque en tal caso es imperdonable. Lo que yo propongo, en lugar de aquella, es una sociología con la tarea mucho más modesta de señalar las consecuencias de la acción, así como las posibles elecciones que, tal vez, puedan conducirnos hasta la Buena Sociedad. Si la sociología es una ciencia que relaciona elementos y que rechaza la fragmentación y muestra interdependencias y relaciones mutuas, también es una que debiera indicarnos cuáles son los asuntos de interés general para todos. Hoy se dice que la sociedad moderna evoluciona hacia la globalización, pero también que abandona el universalismo, y que de nuevo es una sociedad fragmentada, dividida por el pluralismo, el individualismo, el neotribalismo y el regreso a lo específico.

Bajo semejantes circunstancias, la sociología pudiera proponerse ver más allá de lo que permanece a corto y mediano plazos y educar a la ciudadanía en el arte de considerar su propio destino común.

Las preocupaciones habituales de la sociología son asimismo las preocupaciones normales de la humanidad: las relaciones entre razas las migraciones laborales, la pobreza, el fanatismo religioso, la violencia política, las relaciones familiares y comunitarias, el ritmo y la evolución de la vida cotidiana y muchos otros temas aparentemente inconexos. Si permitimos que los hombres y mujeres comunes usen a la sociología como una simple herramienta, separada de las preocupaciones morales fundamentales que animan el trabajo de ésta, y que utilicen los desechos de la disciplina y releguen sus intenciones centrales y su elevado propósito, estaremos abandonando nuestra misión de sociólogos.

La sociología se basa en cierta tradición. Es una forma de conocimientos que asume con ironía la trágica condición de la vida humana, la maleabilidad social del hombre y también lo perenne de sus pasiones y su obcecado deseo de permanecer libre en medio de un mundo marcado por la necesidad. Ahora es ella suficientemente madura como para asumir sin reservas la naturaleza contradictoria de su vocación y las dificultades endémicas de su tarea. Está condenada a habitar para siempre la tierra de nadie que existe entre las intenciones de las mujeres y los hombres que se juzgan libres y las estructuras sociales y materiales que, de tiempo en tiempo, interfieren en sus sueños y sus objetos de deseo.

CITAS:

[\*] Texto presentado en el Congreso del Centenario del Instituto Internacional de Sociología, La Sorbona de París, junio de 1993. Traducido del inglés por José Hernández Prado, profesor-investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

[1] F. Braudel (entre otros autores) ha adelantado la idea de que la sociología pertenece a cierto tipo de sociedad; cf. G. Busino, 1992: 272.

[2] La literatura sobre la "crítica radical" de la sociología, tanto como el anuncio de su "crisis por venir", tan típicas de los años sesenta y los setenta, es demasiado amplia y conocida como para referirla aquí. Alguna trata también ciertos aspectos de la influencia de la sociología sobre la cultura de la época, en especial en A. Gouldner (1971). Un libro muy útil de referencia al respecto es el de T. Bottomore (1975).

[3] Pudieran procurarse muchas referencias sobre los sentimientos que la inquieta sociología produce a veces en otros científicos sociales y sobre la actitud de hostilidad o, en el mejor de los casos, de reserva de los últimos hacia ella. Véase, por ejemplo, Giddens, "¿Qué hacen los sociólogos?", en Giddens, 1987: 1-4.

[4] Estrictamente en este sentido, Luhman tiene razón cuando apunta que la pretensión de una teoría sociológica omniabarcante de la sociedad es insostenible. Aunque debo disentir del comentario de Österberg cuando señala que la sociología es en sí misma, desde ese punto de vista, "de escasa importancia para la sociedad" como un todo (Österberg, 1988: 258). Las concepciones generales producidas por los científicos sociales (desde Comte y Marx hasta el presente) han sido importantes en todos los sentidos. Más aún, para bien o para mal, la simple presencia de lo que pasa hoy por ciencia social produce efectos inclusive perversos, que se hallan muy lejos de ser insignificantes.

[5] Los ataques clásicos de los sociólogos contra los excesos del sociologismo, que reduce a los humanos a conjuntos de roles (por ejemplo, en Dennis Wrong o en Ralf Dahrendorf, entre otros) no requieren aquí de una referencia detallada.

[6] A esta sociología Michel Maffesoli la llama correctamente sociologie procustéene (1990: 44 y 51).

[7] La palabra española vivencia y su equivalente en alemán Erlebnis no parecen poderse traducir con facilidad al inglés o a otras lenguas. Véase Maffesoli (1990) para un intento de ponderar la relevancia sociológica de estas experiencias de vida, y además Schulze (1992) para un recuento sistemático de la sociología de la Erlebnis.

[8] A. Gouldner (1971) y otros representantes de la "sociología crítica" del período (Blackburn, 1972; Bottomore, 1976) fueron conscientes de este fenómeno. Sin embargo, la corriente crítica a menudo se concentró en denunciar a la sociología como reaccionaria o conservadora (Cf. Birnbaum, 1971). Los Cruzados de la integridad científica le daban poca o ninguna atención a la más amplia y compleja "sociologización" del pensamiento moderno. De hecho, quedó entreabierto la puerta para el estudio del fenómeno, pero los críticos prefirieron denunciar el servilismo ideológico de algunos sociólogos con valores "de derecha". En Gran Bretaña, las absurdas contraacusaciones en el sentido de que las mayorías de los sociólogos eran marxistas peligrosos, afectaron muy pronto la calidad del debate y distrajeron a muchos de las cuestiones verdaderamente importantes. M. Maffesoli (1987), a pesar de todo, ha examinado algunos aspectos de este proceso tan ignorado.

[9] Sobre la unidad y la diversidad en la sociología, confróntese T. González de la Fe, 1989.

[10] Véase "La consagración de lo profano", en S. Giner, 1987: 169-188 y Maffesoli, 1990 46-48.

#### BIBLIOGRAFIA:

Birnbaum, N. (1971), *Toward a Critical Sociology*, Oxford University Press, Oxford.

Blackburn, R., ed. (1972), *Ideology in Social Science*, Fontana/Collins, Londres.

Bottomore, T. (1975), *Crisis and Contention in Sociology*, SAGE, Beverly Hills.

Busino, G. (1992), *La sociologie sens dessus dessous*, Droz, Ginebra.

Bryant, C.G.A. y Becker, H.A. (1990), *What Has Sociology Achieved?*, Macmillan, Londres.

Dreze, J. y Sen, A. (1989), *Hunger and Public Action*, Clarendon, Oxford.

Giner, S. (1987), *Ensayos Civiles*, Península, Barcelona.

Giner, S. (1992), "The Common Interest and the Moral Fabric of Modernity", en *International Review of Sociology*, núm. 2, New Series, pp. 71-104.

Giddens, A. (1987), *Social Theory and Modern Society*, Polity Press, Cambridge.

González de la fe, T. ed. (1989), *Sociología: Unidad y Diversidad*, CSIC, Madrid.

Gouldner, A. W. (1971), *The Coming Crisis of Western Sociology*, (primera versión de 1970), Heinemann, Londres.

Maffesoli, M. (1987), "Sociality as Legitimation of Sociological Method", en *Current Sociology*, ("The Sociology of Legitimation"), vol. 35, núm. 2, verano, pp. 69-87.

Maffesoli, M. (1990), *Au creux des apparences*, Plon, París.

Merton, R.K. (1957), *Social Theory and Social Structure*, Free Press, Glencoe.

Nisbet, R. (1976), *Sociology as an Art Form*, Heinemann, Londres.

Österberg, D. (1989), *Metasociology*, Norwegian University Press, Vojens.

Passeron, J.C. (1991), *Le raisonnement sociologique. L'espace nonpoppérien du raisonnement naturel*, Nathan, París.

Runciman, W.G. (1970), *Sociology in its Place*, Cambridge University Press, Cambridge.

Schulze, G. (1992), *Die Erlebnis-Gesellschaft, Kultursoziologie der Gegenwart*, Frankfurt/New York.

